

mente con los naturales (5). Pero como esta insurrección era la primera que se presentaba después de la conquista, no se comprende en qué encuentro pudo hacerse una presa de esta especie. El levantamiento de Chanlacao, ¿no tendrá un origen análogo al que produjo la guerra de Troya? Como quiera que sea, habiendo sabido Juan de Aguilar que el cacique rebelde amaba apasionadamente á su joven esposa, le mandó decir que ésta le sería devuelta siempre que depusiese las armas. El comisionado llevaba además la orden de asegurar que había sido tratada con toda clase de consideraciones, y se apelaba al testimonio de ella misma para que confirmase esta aseveración. El cacique escuchó con muestras de agrado esta embajada, y después de haber conferenciado con sus vasallos para cerciorarse de que se someterían gustosos á lo que él resolviese, pasó á la canoa de Juan de Aguilar y volvió á reconocer el dominio español. El capitán le colmó de regalos y le presentó á su mujer, en cuyos brazos se arrojó, lleno de satisfacción y de reconocimiento.

Todos los pueblos que se habían sublevado en aquella región siguieron el ejemplo de Chanlacao, y al terminar el mes de febrero había sido apagada ya hasta la última chispa de insurrección en toda la Península.

(5) COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, libro V, capítulo IV.

CAPÍTULO IV

1546-1548

Predicación del Cristianismo.—Primeros religiosos que se presentan en la Península con este objeto.—Estudio de la lengua maya.—Gramática de Villalpando.—El Adelantado Montejo presta un apoyo eficaz á los misioneros.—Trabajos de éstos en Campeche, Mérida y Maní.—Los indios de la última población intentan asesinarlos.—Sálvanse milagrosamente.—Castigo que se impone á los culpables.

El objeto ostensible de la conquista española, según hemos hecho notar varias veces en el decurso de este libro, era la conversión de los indios á la religión cristiana. Con este pretexto se había cedido á los reyes de Castilla el dominio de una mitad del mundo, y aquellos soberanos, deseosos de probar que no eran indignos de la donación, habían dictado varias medidas para cumplir con las prescripciones del papado. Se hacían remisiones de frailes de diversas Órdenes á los países ya sometidos, y se había ordenado varias veces que no se emprendiese ninguna conquista sin que los expedicionarios no llevasen consigo cuando menos dos religiosos. Ya hemos visto que D. Francisco de Montejo no cumplió en este punto con las órdenes expresas de la corte, y que sólo le acompañó en su empresa el P. Francisco Hernández. Pero ni este clérigo tenía, á lo que parece, vocación de misionero, ni nunca habría bastado por sí solo para emprender la conversión de los mayas. Se había limitado á ejercer las funciones de su ministerio con los

españoles, y la tierra había quedado hasta entonces sumida en la idolatría.

Pero por el año 1546 se desprendió de las misiones de Guatemala un grupo compuesto de seis religiosos, el cual emprendió el camino de Yucatán. Todos pertenecían á la Orden de San Francisco, y se llamaban Luis de Villalpando, Juan de Albalate, Angel Maldonado, Lorenzo de Bienvenida, Melchor de Benavente y Juan de Herrera. El primero, que era el jefe de los demás, traía el título de comisario, y el último pertenecía á esa clase de monjes á quienes por no haber recibido las órdenes sacerdotales se les daba el nombre de *legos*. Presentáronse estos misioneros en Campeche, en los momentos en que el Adelantado Montejo recibía allí las felicitaciones de sus compañeros de armas. El viejo soldado, á quien constaba ya por experiencia que el elemento religioso era el mejor auxiliar de la dominación española, recibió con las más vivas señales de satisfacción á estos colaboradores de su empresa. Convocó á los caciques y á los señores principales del territorio de Campeche, y presentándoles á los frailes, les dijo que éstos habían venido de España con el objeto exclusivo de convertirlos al Cristianismo. Los exhortó á que les construyesen iglesias y conventos; les recomendó que escuchasen su doctrina, y concluyó su plática diciéndoles que mirasen y obedeciesen á aquellos sacerdotes como si se tratase de su misma persona.

Puede decirse que este discurso del Adelantado fué la base de la influencia sacerdotal que más tarde se desarrolló de una manera prodigiosa en toda la Península. En las demás poblaciones donde en adelante se presentaron los misioneros, los jefes españoles pronunciaron palabras análogas; y los indios, que tras el hábito del franciscano veían la espada del conquistador, no titubearon en aceptar una religión que se les predicaba con el apoyo de las armas. No intentamos rebajar con esta reflexión el mérito de los

misioneros, quienes, por el contrario, emprendieron trabajos verdaderamente heroicos, según vamos á ver en seguida; pero como algunos historiadores atribuyen á motivos sobrenaturales gran parte del éxito que obtuvieron, bueno es fijarse también en las causas humanas que contribuyeron á él, para aquellos de nuestros lectores que no gusten ver sembradas de milagros las páginas de la Historia.

El estudio de la lengua maya fué el primer trabajo que emprendieron los religiosos en Campeche, como una preparación indispensable para el desempeño de sus funciones. Cábele al P. Villalpando la gloria de haber sido el primer europeo que acometió con éxito esta empresa. Grabó en su memoria todas las palabras que llegaban á su oído, é intentó penetrar en el mecanismo de este idioma, cuya estructura es tan distinta de todos los de Europa. Sorprendió, por decirlo así, muchos de sus secretos; declinó sus nombres; conjugó sus verbos, y fueron tantos los adelantos que hizo á fuerza de aplicación, que compuso un arte para facilitar el aprendizaje de sus compañeros. Este arte ó gramática, que en la actualidad ha desaparecido, aunque parece que llegó á imprimirse (1), no es ciertamente el menor servicio que Villalpando prestó en la Península á la causa de la civilización.

Antes de que los religiosos estuviesen completamente instruidos en la lengua del país, comenzaron la predicación por medio de intérpretes. Poco tiempo después éstos fueron suprimidos, y fué grande la admiración que causó á los indios ver que unos hombres recién llegados á la Península hablasen su idioma casi con tanta facilidad como ellos mismos. Los trabajos de los misioneros se limitaron por entonces al territorio de Campeche; pero como muchos vecinos de esta antigua provincia se hallaban esparcidos por

(1) *Registro Yucateco*, tomo I, página 359.—BRASSEUR de BOURBOURG, *Relación de las cosas de Yucatán*, § XVII, nota.

los campos, se hacía necesario hacerlos venir á las poblaciones para facilitar su conversión.

Ya hemos hecho notar en otra parte (2) la propensión que tenían los mayas al aislamiento y á la vida salvaje. Esta inclinación se desarrolló con mayor fuerza luego que se verificó la conquista. Ya por no pagar el tributo á sus encomenderos, ya por escapar á las violencias de que solían ser víctimas, ya, en fin, por sólo evitar la presencia de los españoles, en quienes veían siempre á los autores de su humillación presente, muchos de los vencidos huyeron de las poblaciones en que antes residían y corrieron á ocultarse en los bosques. Cuando los primeros religiosos se presentaron en Yucatán el año 1546, un gran número de los mayas había tomado ya esta determinación en toda la extensión de la Península. Los conquistadores no habían adoptado hasta entonces ninguna medida para atajar el mal, y sus resultados habrían sido tal vez funestos, si los misioneros no se hubiesen propuesto evitarlo.

Fray Luis de Villalpando fué el primero que acometió esta empresa en la provincia de Campeche. Se despidió de su hermano, y sin más compañía que su breviario, trepó las colinas que rodean por tierra á la ciudad y se metió por los bosques inmediatos en busca de infieles. No poca sorpresa debió causar á los indios aquel español que andaba descalzo, como ellos; que hablaba su idioma con facilidad; que, en vez de cobrar tributo, comía tortilla de maíz y legumbres que le regalaban, y que, en lugar del lenguaje áspero y duro de los conquistadores, sólo empleaba palabras de ternura y mansedumbre. Ignoramos los argumentos de que el misionero echaría mano para persuadir á los fugitivos á que bajasen á las poblaciones que habían abandonado. Hay motivos, sin embargo, para creer que les hizo comprender la influencia que ejercía sobre sus compatriotas, y que les

(2) Libro I, capítulo XIV.

ofreció su protección para de allí en adelante. Así se deduce al menos de algunos extractos que de sus pláticas espirituales nos ha conservado el historiador Cogolludo (3).

Conseguido el objeto de concentrar á los indios en las grandes poblaciones, que así podía servir para facilitar la predicación del Evangelio, como para evitar una insurrección futura, el P. Villalpando se volvió á Campeche, donde sus hermanos hacían ya grandes progresos en su laudable empresa. Un rasgo democrático del Cristianismo había llamado la atención de los mayas y dispuesto favorablemente su ánimo para aceptar la nueva religión. El hermano Juan de Herrera, que, aunque lego, poseía muchas habilidades, no era de los que menos habían adelantado en el estudio de la lengua maya, y enseñaba á los neófitos las oraciones cristianas, traducidas á este idioma por el padre comisario. No contento con esto, había abierto una especie de escuela, donde enseñaba á los niños á leer, escribir y cantar, con el objeto de hacer sacristanes y maestros de capilla, que más adelante pudiesen tomar parte en la celebración de las ceremonias del culto. Como en las instituciones mayas, según hemos hecho notar en el libro primero, solamente los sacerdotes sabían leer y escribir, y eran los únicos que ejercían funciones en los templos, les admiró esta amplitud que en la nueva religión se daba á la enseñanza, y se creyeron hartamente elevados en la escala social cuando vieron á

(3) «Entre otras cosas espirituales que en algunas pláticas les había dicho, fué el amor grande que Dios nuestro Señor tiene á los hombres; por lo cual su Majestad Divina se comparó á la gallina, que solicita de la protección de sus polluelos, los recibe debajo de sus alas, defendiéndolos del gavilán, que diligentemente procura quitárselos para presa con que sustentarse. Que esto pasaba espiritualmente á sus sacerdotes con los hombres que los eran refugio y amparo contra sus enemigos los demonios, que por todos caminos solicitan su muerte; y que así los sacerdotes eran á quien habían de recurrir en sus adversidades y trabajos para hallar el verdadero descanso y alivio de que necesitaban.» (*Historia de Yucatán*, libro V, capítulo V.)

sus hijos cantar en la iglesia juntamente con los sacerdotes extranjeros.

Todas estas circunstancias, unidas á las exhortaciones de los misioneros y de los mismos conquistadores, hicieron que en poco tiempo millares de idólatras ingresaran al seno del Cristianismo. La primera conquista que se hizo fué la del cacique mismo de Campeche, quien recibió en la pila del bautismo el nombre de D. Diego Na. Siguió á éste una gran porción de catecúmenos, cuyo número se hace subir á más de cuarenta mil, entre niños y adultos. Este éxito prodigioso se había obrado en el corto espacio de ocho meses. Téngase presente que de los seis religiosos que hemos nombrado, solamente cuatro existían en Campeche: Albalade había sido enviado á la corte á pedir más misioneros al superior de la Orden, y Bienvenida, que había querido entrar á la provincia por Bakhalal, aun no había llegado á reunirse con sus compañeros.

Esta circunstancia no impidió que la misión se fraccionase á fin de esparcir desde luego las semillas del Cristianismo en toda la Península. El comisario dejó en Campeche á Benavente y Maldonado, y tomó el camino de Mérida con el lego Herrera. Francisco de Montejo acogió á los religiosos todavía con mayores señales de distinción que en Campeche. Los alojó en su casa y dió órdenes en seguida para que se les construyese un convento en que pudiesen habitar en adelante. Cogolludo, que en cada hermano de su Orden ve un santo y una lumbrera de la Iglesia, se complace en elogiar á cada paso las virtudes y el talento de Villalpando, y asegura que desde este momento el viejo Adelantado no dió un paso importante en el gobierno civil de la Colonia sin consultarlo con el hábil sacerdote.

Pero como quiera que éste no había venido á Yucatán á ser el consejero de Montejo, procuró ocuparse desde luego en los asuntos de su misión. El lugar en que está hoy la ciudadela había sido ya elegido por el Adelantado para

construir una de las dos fortalezas que, según la capitulación de Granada, debía levantar á su costa en la tierra conquistada. Sabíalo el P. Villalpando, y no obstante lo solicitó para construir su iglesia y convento de San Francisco, alegando que estos dos monumentos serían el *castillo espiritual* en que deberían embotarse las armas de la idolatría. El viejo soldado no encontró razones para oponer á este argumento, y cedió el montículo, que, como hemos dicho en otra parte, era bajo muchos aspectos el mejor de la ciudad.

Carecemos de datos para averiguar en qué número de años quedaría terminado el vasto edificio que los franciscanos construyeron en el sitio de que venimos hablando. Pero es de presumir que entonces se levantaría una construcción provisional, en que desde luego se verificó el importante suceso de que vamos á ocuparnos. Don Francisco de Montejo, de acuerdo con el jefe de los misioneros, dispuso que los caciques de toda la Península, con excepción de los de Campeche, se presentasen en la capital de la Colonia. Despachó sus órdenes en este sentido, y todos se apresuraron á obedecerle. A los pocos días comenzaron á presentarse, y el Adelantado, luego que llegaban, los remitía al convento, donde los frailes procuraban captarse sus simpatías, hablándoles en el idioma del país y ofreciéndoles protección en sus cuitas. Luego que todos estuvieron presentes, se les convocó para una gran junta, á que asistieron el Adelantado y muchos conquistadores. El primero tomó la palabra, y en un discurso semejante al que antes había pronunciado en Campeche, exhortó á los caciques á que escuchasen la doctrina de los misioneros y les construyesen templos y conventos en los lugares adonde en lo sucesivo fuesen á predicar el Evangelio. Habló en seguida Luis de Villalpando, y con ese conocimiento práctico que ya tenía de la lengua maya, desarrolló los principios del Cristianismo de la manera más sencilla que pudo, con el objeto de

que pudiese ser entendido por su auditorio. Cuidó de establecer sobre todo la autoridad del pápa y del rey; dijo que ambos le habían enviado para enseñar á los mayas la religión de Cristo; que éstos debían apresurarse á abrazarla, porque era la única puerta por donde se entraba al cielo, y que aquellos que siguiesen venerando á sus antiguos ídolos, pagarían su obcecación con las penas del infierno.

No nos atreveríamos á decir cuál fué el efecto que esta plática produjo en los circunstantes. Es de creer, sin embargo, que la presencia de los conquistadores y el último golpe que acababa de darse á la insurrección en Bacalar y Valladolid, hubiese impedido á aquellos antiguos príncipes de la tierra decir todo lo que pensaban sobre el particular. Lejos de esto, el venerable aspecto del misionero y la esperanza de que ejerciese entre sus compatriotas el mismo ascendiente que los sacerdotes mayas tenían sobre los caciques, hizo que se notasen algunas señales de aquiescencia entre el concurso. Solamente murmuraron por lo bajo algunos ministros del antiguo culto, á quienes seguramente halagaba poco ser sustituidos en su oficio por los franciscanos.

Luego que hubo terminado su sermón el P. Villalpando, propuso á los caciques que cada uno le enviase un hijo suyo, no solamente para que fuese educado en el Cristianismo, sino también para que aprendiese á leer y escribir. Esta proposición, hecha de acuerdo con el Adelantado, tenía indudablemente un fin más bien político que religioso. Aquellos señores turbulentos, que sufrían todavía impacientes el yugo español, no se sublevarían tan fácilmente en lo sucesivo sabiendo que los españoles tenían en su campamento rehenes preciosos en quienes podían saciar su venganza. El patriotismo más exaltado se entibia cuando está de por medio la vida de un hijo, porque parece que la Naturaleza no se sirve muy á menudo del molde en que vació á Junio Bruto y á Guzmán el Bueno.

Probablemente muchos de los caciques interpretaron todavía peor las intenciones del misionero, porque aunque en Mérida todos ofrecieron corresponder á sus deseos, luego que llegaron á sus pueblos pocos fueron los que cumplieron con su palabra. Cogolludo echa la culpa de esta falta de lealtad al demonio, quien dice que sedujo á los sacerdotes gentiles para hacer creer á aquéllos que los frailes querían á sus hijos para sacrificarlos y comérselos. Los destronados ministros del culto maya no necesitaban ciertamente de las inspiraciones de Satán para indisponer á sus rivales con los indios y para levantarles la grosera calumnia de que de noche se convertían en buhos para devorar los cadáveres que depositaban en los templos. A pesar de estos trabajos del antiguo sacerdocio, muchos niños fueron enviados á los misioneros, y el lego Herrera llegó á contar con un millar de alumnos en su escuela.

Comenzóse el catequismo en Mérida y sus alrededores. Ya por aquel tiempo se había aumentado la misión; porque habiendo llegado Bienvenida de Bakhalal y pasado á Campeche, Benavente había venido á reunirse al comisario. Los dos religiosos extendieron su predicación hasta los pueblos que distaban siete leguas de la ciudad, y cuando creyeron que sus catecúmenos estaban suficientemente instruidos, comenzaron á bautizarlos. Los primeros que se sujetaron á esta ceremonia fueron los caciques de Caucel y de Zitpach. El primero, del cual fué padrino el mismo Adelantado, había sido en su gentilidad sacerdote, y abrazó con tanto ardor la nueva religión, que se convirtió en apóstol de ella y comenzó á predicarla entre sus compatriotas. Parece que con este ejemplo fué tan grande el número de gentiles que pidió el bautismo, que ya los misioneros se encontraron en aptitud de llevar á otra región de la Península su predicación.

Eligieron la antigua provincia de Maní, así porque Montejo se los rogó expresamente, como por la esperanza de